

gares, intentaron practicar la parte accidental del mismo, absteniéndose de proferir el canon, y por consiguiente de consagrar el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Este rito denominado *misa seca*, muy usada en las navegaciones, tenía un doble objeto, á saber: obedecer las prescripciones de los obispos, y no privar á los enfermos del consuelo que antes gozaban, celebrándose el Sacrificio en su presencia. Ambos objetos se comprenden ser claros y razonables. Para conseguir el segundo, el sacerdote que había de celebrar la misa seca en el domicilio del enfermo, se procuraba una hostia consagrada y la llevaba con toda cautela y decencia á la casa del paciente. Al llegar á este lugar empezaba la misa, según la describe Prudencio, (1) obispo de Triccasino, muerto en 860. «Si el enfermo, dice, está yaciendo en el lecho, de suerte que no puede ir á la Iglesia, ni oír misa, reciba el sacerdote el libro de los Sacramentos, y llevando la estola al cuello, preséntese al doliente con devoción, saludándole con divinas palabras. En primer lugar diga la Colecta y Epístola pertenecientes al día; luego lea el Evangelio. Á continuación debe decir el *Dominus vobiscum*, *Sursum corda*, *Gratias agamus Domino* y el Prefacio hasta el *Sanctus*. Después recite el *Oremus*, *præceptis salutaribus*, con la oración dominical, hasta el *Per omnia sæcula sæculorum*. Acto continuo comulgará al enfermo y finalmente dirá la oración Postcommunio».

Subsistió por mucho tiempo semejante costumbre, según veremos después; mas la de celebrar el verdadero Sacrificio en las casas de los enfermos con la correspondiente licencia del Diocesano, se prolongó únicamente hasta poco después del siglo IX.

(1) Véase Gattico, in opusc. de usu altar. portat., cap. 6, n.º 8.

CAPÍTULO XVIII

La Eucaristía en los viajes y desiertos.

SUMARIO

221. Los cristianos que emprendían algún viaje llevaban consigo la Eucaristía.—**222.** Los sacerdotes viajantes celebraban el Sacrificio en cualquier lugar del viaje.—**223.** Era conducida á los solitarios.—**224.** La conservaban en sus grutas.—**225.** Ellos mismos iban á las iglesias por la Eucaristía.—**226.** Frecuencia con que comulgaban.—**227.** Rito que guardaban al comulgar.—**228.** La poseían los monjes.—**229.** Frecuencia con que éstos comulgaban.—**230.** Recibían la Eucaristía por medios maravillosos.—**231.**—Los monjes sacerdotes celebraban el Sacrificio en las iglesias ú oratorios de sus monasterios.

221. Cuando el fino amor ha llegado á posesionarse del corazón humano, practica acciones tan desusadas en obsequio del objeto amado, que quien no está dominado del mismo grado de fuerza amorosa las atribuye á demencia, ó al menos á exceso de afectos; y si estas acciones llegan al extremo de rebajar la dignidad del objeto amado, son consideradas, en el concepto del que así las aprecia, como abuso de la estimada prenda. Nuestros padres en la fe estaban tan posesionados del amor á Jesús Sacramentado que muchas de las acciones que practicaban para con Él, podíanse atribuir, en opinión de los que no profesan verdadero afecto á Jesu-

cristo, á desaciertos del entendimiento y abuso de la reverencia debida al Señor.

Ya vimos de qué manera la Eucaristía era conducida por los inferiores ministros eclesiásticos y por los seglares; observamos de qué modo la reservaban y recibían en sus propias casas; reseñamos el modo de celebrarla como Sacrificio en todo lugar; pero ahora hemos de parar nuestra atención en un peculiar uso que de ella se hacía, esto es: el trabajo que ponían por lograrla en los viajes. Era pedir mucho, porque el Augusto Sacramento se exponía á ser profanado; era solicitar demasiado, porque había otros muchos inconvenientes que resultaban de observar esta práctica, como podrá suponer el lector. Pero el amor vence todas las dificultades, y cuando no se opone á sus miras la ilicitud de lo que desea, llega á salir con sus intentos.

Siendo aún catecúmeno, (1) Sátiro, hermano de S. Ambrosio, y habiéndose embarcado con intención de proseguir un largo viaje, fué alcanzado por horrible tempestad que puso á todos los que con él se hallaban en inminente peligro de la vida. Entonces, Sátiro pidió el Cuerpo del Salvador, que cada uno de los fieles llevaba; acomodóle en una decente cajita, lo colgó á su cuello, y, con la profunda convicción de que la Eucaristía había de ser su salvación, se arrojó intrépido al mar y salvóse como lo esperaba. Obsérvese que en este caso, todos los fieles navegantes estaban provistos del Pan divino; mas no se crea que éste era un caso excepcional, sino que generalmente los que navegaban é iban á largas distancias se armaban de tan sacrosanto Misterio. S. Gregorio Magno refiere (2) un hecho semejante al anterior, acontecido á Maximiano, obispo de Siracusa; y Juan el diácono (3) lo cuenta de unos monjes de Constantinopla.

Esta práctica no fué exclusiva de los primeros siglos, antes bien, se extendió á los tiempos medios. Adalberto de

(1) De excessu fratris sui Satiri, lib. I.
 (2) Lib. 3 dialog. cap., 36.
 (3) In vita Gregorii, lib. I, cap. 33.

Braga, (1) después que hubo celebrado el tremendo Sacrificio, reservó la santa Eucaristía para sí y sus amigos, á fin de llevarla consigo en los viajes largos que iban á emprender. Refiere el autor (2) de la vida de S. Lorenzo de Dublín, que cuatro sacerdotes que se habían provisto del Augusto Sacramento para llevarlo en su viaje, cayeron en manos de ladrones, los cuales, á más de haberles despojado de cuanto tenían, tuvieron la audacia de tocar la Eucaristía; pero el Señor dejó caer sobre ellos en el mismo momento el peso de su venganza.

Algunos prelados ordenaron se pusiera en práctica este uso. S. Bonifacio estableció que los monjes no viajasen sin la Eucaristía y que los sacerdotes la llevarasen siempre consigo; otro tanto hicieron los discípulos de S. Columbano que la establecieron en Francia. Muchísimos pontífices sumos la llevaron consigo en sus viajes, y hoy día está reservado este derecho á los mismos.

222. No tenía aquí sus límites este uso de la Eucaristía; antes bién, los sacerdotes viajeros procuraban proveerse de una ara ó altar portátil, y demás utensilios necesarios para celebrar el Santo Sacrificio y daban efecto á esta santa Acción en cualquier lugar del viaje, si es que distaba mucho de alguna iglesia ó capilla deputada para celebrar. El campo, la casa privada, el monte y cualquiera lugar que fuese honesto, servía de templo para tan solemne acto. Un Concilio de París (3) permite se celebre el Sacrificio en los viajes, con tal que se guarden las condiciones referidas. Pero si el abuso no invadiera jamás las cosas santas, ni nuestro común enemigo no tuviera envidia de nuestros religiosos actos, con devoción practicados, tal vez contemplaran aún nuestros ojos esta santa costumbre; pero las cosas sucedieron muy al contrario, de ahí que el Concilio Metense (4) retractara la permisión que había dado á los

(1) Apud. Chardón., Histor. Eucar., cap. 8.
 (2) Apud. Surium. die 14 Novemb.
 (3) VI, cap. 15.
 (4) Can. 18.

sacerdotes de su jurisdicción de que celebrasen en lugares no consagrados; mas este decreto no se observó por todos, porque no en todas partes se abusaba; y además, que en algunas otras era necesario observar lo contrario, como en los pueblos recién convertidos, ó que habían sufrido persecución, los cuales carecían de iglesia, de modo que hasta muy cerca del Concilio Tridentino esta práctica se guardó en algunos lugares (1).

Dije antes que el adorable Sacramento llevado en los viajes del modo indicado, quedaba expuesto á innumerables profanaciones; mas ahora afirmo también que lo estaba á las irreverencias de los cristianos imperfectos. La práctica de semejante uso era demasiado arriesgada, no sólo para con el Augusto Sacramento, sino también para con sus portadores, y sólo se concibe en unos siglos de fervor como los antiguos; por esta causa la toleraron los Pontífices, obteniendo, los buenos cristianos que se sirvieron de ella, grandes creces en la virtud y un indecible consuelo en sus trabajos y fatigas.

223. Los dilatados desiertos, habitados por indómitas fieras y el sepulcral silencio, se convirtieron asimismo en templos de la Eucaristía. Cuando la tiranía de los emperadores romanos descargaba el peso de su sangriento centro sobre los discípulos del Crucificado, muchos de éstos, que no se sentían con ánimo ni virtud suficiente para arrostrar los tormentos, huían á las soledades, á fin de practicar tranquilamente los preceptos del Hombre-Dios. Otros de sus hermanos, desengañados de las vanidades del siglo, y ansiosos de llevar vida perfecta, que no hubieran podido lograr en medio del mundanal bullicio, corrían á buscar una cueva del monte donde poner en práctica los consejos evangélicos. De ahí que los desiertos y los montes se poblasen de santos cristianos que no anhelaban otra cosa sino servir al Altísimo lo mejor posible. Pero es necesario tener en cuenta que á los principios,

(1) Véase Gattico; de usu altaris portatil., cap. 6, §. 12.

estas simientes de vida religiosa no poseían templos donde congregarse para tener oración y demás ejercicios del divino culto, y acaso carecerían absolutamente de sacerdotes que les pudieran celebrar el santo Sacrificio, absolverles de los pecados, distribuirles el Pan de los fuertes y dispensarles los demás sacramentos. Mas no por eso se asustaban; la Iglesia tenía sumo cuidado de ellos y les enviaba sacerdotes, ó bien les facultaba para poseer la Eucaristía en sus cuevas, remitiéndosela mediante los inferiores ministros, ó por seculares. Los mismos anacoretas iban á las iglesias, recibían la Comunión juntamente con los demás cristianos, la llevaban consigo á los desiertos y dábanla á los que no la tenían.

224. Escribiendo S. Basilio (1) á Cesáreo, dice de los anacoretas de Egipto: «Todos los solitarios que viven en los desiertos, no teniendo sacerdotes que les distribuyan la Eucaristía, la poseen siempre en los lugares que han adoptado para vivir y se comulgan con sus propias manos.» Nicio de Nigroponte (2) asegura que los ermitaños acostumbraban llevar consigo á las soledades la Eucaristía, para sumirla cuando creían oportuno. Y Paladio, obispo (3), refiere del solitario Juan que recibía la Eucaristía todos los domingos, y que sólo con este alimento sustentaba su cuerpo.

225. Aun cuando no todos los religiosos la poseyesen en sus habitaciones ó cuevas, no por eso se abstenían de la Eucaristía, sino que iban á las iglesias de los monasterios más cercanos y en ellos comulgaban. Juan Mosco (4) cuenta de cierto anacoreta, que todos los domingos iba á un monasterio no lejos de su gruta y recibía la Sta. Eucaristía. Añade que, habiéndose llegado al mismo lugar un día de éstos á fin de recibir el santo Viático, como lo hubiese logrado, se puso en medio de la iglesia y espiró en el mismo instante.

226. Se preguntará acerca de la frecuencia con que comulgaban estos cristianos? Á lo que podemos responder,

(1) Epist. 289 nov. edit.

(2) Lib. 7, cap. 24.

(3) De vitis Patr., lib. VIII, cap. 61.

(4) Id., lib. X, cap. 86.

que fué varia, según lo permitían la posibilidad de obtener el adorable Sacramento, ó el fervor de cada uno. Sabemos que S. Simeón Stilita, colocado en la elevada columna, recibía el Santísimo todos los días. Tal ejemplo siguieron gran parte de los anacoretas, pero, según hemos podido deducir de las vidas de los antiguos Padres, lo general era comulgar en domingo.

227. Para recibir este precioso Don, acostumbraban guardar algunos ritos conducentes á la reverencia del Sacramento. Los salmos, los himnos y principalmente la oración dominical eran las súplicas que precedían á la suncción del Sacramento. Teodoro Estudita (1) nos ha legado que aquellos antiguos anacoretas, antes de percibir el divino Pan, preparaban en lugar de mesa el sagrado libro, que debía ser el de las divinas Escrituras; luego extendían sobre Él un blanquísimo lienzo en que envolvían el Sacramento; á continuación colocaban con gran reverencia sobre dicho lienzo la Eucaristía, y luego de la recitación de los himnos, la tomaban con sus manos y la llevaban á la boca. A fin de que en ésta no quedase ninguna partícula, la enjugaban después con vino. Una cosa semejante, aunque con más extensión, respondió el arzobispo de Corinto á la pregunta que S. Lucas el Joven le hizo sobre el rito que debían guardar los monjes al comulgar en sus celdas; doctrina que conviene en todas sus partes á los solitarios del desierto. He aquí sus palabras: «Primero y principalmente es útil que se halle presente un sacerdote; mas si por alguna razón no puede hallarse, pondrán los mismos monjes un vaso pequeño en la sagrada Mesa ó altar de los presantificados, si es que hay oratorio; pero si esto no tiene lugar, en la celda colocarán un banquillo, en el cual, desplegado un lienzo pequeño, pondrás en él las Santas Formas, y quemado el incienso, cantarás salmos é himnos, juntamente con el símbolo de la fe. Después, haciendo tres genuflexiones adorarás

(1) Posito sacro libro, extensoque puro linteo, aut sacro velamine, deposita prius illic é manu cum metu sacra Eucharistia, post himnorum recitationem ore sumi debet. Postea qui accepit, ablueri os vino debet.

al Señor, y juntando ambas manos, recibirás con la boca el precioso Cuerpo de Cristo Nuestro Dios, diciendo: Amén. Mas en lugar del sagrado cáliz, beberás luego un poco de vino, y el cáliz que se ha empleado en este ministerio no lo convertirás en otros usos. De nuevo recogerás las demás sagradas partículas en el vaso ó lienzo, teniendo siempre gran cuidado, no sea que la preciosa margarita del Cuerpo del Señor se deslice y estropee (1)». He de advertir, empero, que en estos casos de que hablamos no era preciso se hallase presente ningún sacerdote, de modo que los mismos solitarios legos llevarían á efecto con más ó menos variedad los mismos ritos que se guardarían en las iglesias al distribuir el sacerdote la Comunión Eucarística.

228. Otro género de católicos fervorosos existía en los primitivos tiempos que, haciendo vida en los desiertos, participaban en determinadas ocasiones de las costumbres de los anacoretas y de las de los religiosos que viven en comunidad. Eran los monjes. Algunas, aunque pocas veces, carecían de sacerdotes, y en este supuesto se les llevaba la Eucaristía como á los solitarios; en el caso contrario, los presbíteros celebraban el Santo Sacrificio y distribuían á los monjes el Pan de los ángeles.

El primer domingo de Cuaresma, día último de vida común, percibían la santa Comunión y luego se separaban unos de otros para ir á hacer vida eremítica hasta llegada la Resurrección, en la cual se reunían de nuevo para solemnizar día tan célebre. Cuando los monjes y anacoretas debían partir de sus celdas para emprender algún viaje, llevaban la Eucaristía consigo (2).

229. La frecuencia con que comulgaban semejantes cristianos fué diversa, atendido el fervor de los mismos y la discreción de los abades. Los monjes de S. Apolonio, (3) los de S. Macario (4), los de S. Apolo (5) y muchos otros,

(1) Actis S. Lucæ junior. a Combesio, tom. II.

(2) Arcudio. lib. 3. de Concordia utriusque Ecclesiæ., cap. 53.

(3) Bolland, 25 Enero.

(4) Vita Patrum.

(5) In vitis Patr.

comulgaban todos los días; los sábados y domingos (1) los que estaban bajo la obediencia de S. Jerónimo y de S. Pacomio: (2) los de Palestina solamente los domingos, y los que por respeto admirable que guardaban al Santísimo Sacramento, no se atrevían á practicarlo tantas veces, comulgaban sólo en las fiestas principales.

230. Hubo monjes tan privados de Dios que, no teniendo sacerdote en su monasterio, ni medios suficientes para obtener la adorable Eucaristía, merecieron que uno de los ángeles, mandado expresamente por Dios, viniera á administrársela. Esto aconteció con el bienaventurado S. Marcos, y con S. Onufrio y sus monjes. Mas para que no parezca atrevida mi aserción, diré lo que de este último eremita y de los monjes que habitaban aquel desierto nos dejó escrito S. Jerónimo (3). «Preguntaron en cierta ocasión á S. Onufrio, si los sábados y domingos recibía la Comunión de mano de alguno. Á lo que respondió: En estos días á que aludís, he hallado siempre preparado al ángel del Señor con el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo para dármele y recibirlo de su misma mano; y todos cuantos se hallan en este desierto participan del mismo gozo.» El mismo ángel les administraba la comida material.

231. Poseían, además, los monjes oratorios ó iglesias, cuyo sacerdote era generalmente el abad. El origen de un uso semejante se remonta al siglo IV, según consta en la epístola de S. Epifanio á Juan de Jerusalén, que versa sobre la ordenación de Pauliniano, quien, habiendo recibido los órdenes en el monasterio, no por eso violó los derechos de la Iglesia Jerosolimitana. Gattico aduce muchos testimonios para probar este punto, el cual puede ver el curioso si gustare; nosotros finalizamos el presente capítulo, consignando que, á partir del siglo IV, fué creciendo el número de las iglesias y sacerdotes de los monjes, impelidos de la necesidad y de las concesiones hechas á los mismos por los sumos Pontífices.

(1) Bollandó, 20 Enero. (2) In vitis Patr. (3) In vitis Patr., lib. I, cap. XI.

CAPÍTULO XIX

*La Eucaristía en los templos, en los campamentos,
y enviada recíprocamente por los obispos.*

SUMARIO

232. Basílicas cristianas de antes y después de la paz de la Iglesia.—
233. Sus partes: vestíbulo, naves, ábside.—**234.** Sus adornos.—
235. Estilo.—**236.** Su riqueza.—**237.** Su consagración.—
238. Dónde se consagraba la Eucaristía?—**239.** Cómo se llamaba á los fieles para el Sacrificio?—**240.** Solemnidad de la fiesta de Cristo Sacramentado.—**241.** La Eucaristía en las campañas: Iglesias y altares portátiles.—**242.** En ellos se celebraba el Sacrificio.—**243.** Ministros eclesiásticos de la milicia.—**244.** Los obispos se enviaban mutuamente la Eucaristía.—**245.** En Roma, el Pontífice la remitía á las iglesias particulares.—**246.** Eulogias.

232. Alegre la Esposa del Cordero con la paz concedida por el magnánimo Constantino, no pensaba sino en dilatar la fe del Crucificado, y en patentizar el divino culto del modo más solemne. Á este último fin se afanó en levantar grandiosos templos que sirviesen de tabernáculo para la Majestad infinita, en reconstruir otros que había derribado el paganismo, y en dotar á todos ellos de ministros, ornamentos y utensilios sagrados que hiciesen admirable el culto que se había de celebrar en los mismos.

Pero antes de esta paz, la Iglesia poseía templos públicos en los cuales se ejercían las funciones respectivas; por cuyo motivo, necesario será que nos detengamos en descri-